

— ¿Por qué? preguntó Lespare.

— Porque cuando yo me regocijo por dentro, señor conde, no es ajeno á mi júbilo el jugo de la vid.

Y mientras las dos mujeres se reían de aquella profesión de fe, Luis de Lespare estrechó la mano de los profesores de esgrima y les dijo:

— Me alegro muchísimo veros, pues ya tenía ganas de daros las gracias por las pruebas de cariño que no dejáis de darnos. Sois para nosotros más que amigos...

— Son ustedes casi de la familia, intervino graciosamente la condesa. ¡Siempre les estaremos agradecidos, y nos darán mucho gusto considerando como suya esta casa.

Ante tan bien merecidas pruebas de reconocimiento, los dos viejos maestros de armas sintieron subir á sus ojos una humedad desconocida para ellos. Y su emoción llegó al colmo, cuando Enriqueta exclamó á su vez:

— Querido Fileas y mi buen Jerónimo, nunca podré pagarles sus útiles lecciones... déjenme que les abrace.

Y con su acostumbrada vivacidad, la joven, uniendo la acción á la palabra, cogió con ambas manos, una tras otra, la cabeza de los dos profesores y les aplicó dos sonoros besos en cada mejilla.

Sorprendidos al verse objeto de tanto honor, Jarnac y Chaminade permanecieron un buen rato sin poder recobrar el uso de la palabra. Luego, como las lágrimas les subieron irresistiblemente á los ojos, exclamaron, tratando de rechazarlas:

— ¡Canastos! ¡Yo estoy llorando!

— ¡Yo también!

Entonces se miraron y no pudieron menos de hacer una mueca.

— ¡Dios mío! ¡Qué feo estás, Jerónimo!

— No me atrevía yo á decirte otro tanto, mi noble amigo.

— ¡Por Petrusquina!..

No ignoraba el conde que los dos inseparables eran tan quisquillosos en cuanto á sus prendas personales como respecto del honor. Más de una vez, por menos que eso, los había visto á punto de devorarse mutuamente. Por lo cual se apresuró á intervenir.

— Amigos míos, les dijo, viniendo á colocarse muy naturalmente entre ellos, todavía voy á necesitar vuestros servicios. Quedaos un momento, y hablaremos... Tú, querida Constanca, acompaña á Enriqueta á su cuarto, en donde debe de esperarla la señorita Pervencha, su nueva amiga, que ya lo es nuestra. Tus irritados párpados indican claramente cuán poco has debido de dormir esta noche. Te hace falta descansar.

La condesa y su hija, comprendiendo que el conde quería estar á solas con los esgrimidores, se retiraron, enviándoles con la mano un saludo amistoso.

— Ahora, á nosotros... dijo Lespare. Tengo que daros muchas noticias... Esta mañana, mientras veníais aquí para buscar los vestidos de mi hija, volví á la casa de Trompette, dejando á Enriqueta, que dormía, al cuidado de Pervencha.

— ¡Qué imprudencia! ¡Caramba!

— ¡No!.. En mi primera visita, tuve el cuidado de escamotear la llave de la puerta de entrada, pensando con razón que tendría que volver allí sin hacerme anunciar... Acababa de cerrarse la sala de Lasquenete, los criados estaban acostados, nada parecía vivir en aquella casa tan agitada pocas horas antes. Con cautela, llegué hasta cerca del salón del duque... Buena idea fué la de aventurarme en esa pequeña excursión al país enemigo, porque he aprendido muchas cosas... Amo y criado hablaban entre sí de su última derrota y se felicitaban por poderla reparar en breve plazo, vais á ver cómo. Parece ser que este año se ha retrasado la apertura de la feria de San Germán, á causa de la marcha del rey á la guerra de Flandes... Pero esa feria tendrá más brillo que nunca, y el supuesto aristócrata italiano, que quiere aprovechar su reciente favor para ayudarle en sus intereses, ha conseguido que Su Majestad le permita abrir una academia de juegos en esa feria. Hasta aquí, no hay nada que nos interese; pero ahora entramos en escena. En el cuarto en que estaba prisionera Enriqueta, y en donde vosotros os habéis burlado de los dos miserables, éstos han reconocido á Santiago de Courten. Pietri acababa de verle en la sala de juego. Creen que el vizconde es jugador, y, para vengarse de él, esperando que nos llegue nuestro turno, han resuelto tenderle un lazo en donde ha de perecer su honor, porque estará ganando con cartas preparadas tramposamente por ellos.

— ¡Qué cobardes! exclamaron á una los dos maestros.

— Ya veis que mi visita, de la que no tienen la menor sospecha los italianos, no ha sido infructuosa, porque sabiendo el tóxico con que quieren envenenar á uno, se puede uno proporcionar el antídoto.

— ¡Cuernos de Satán! Voy á ir á avisar al vizconde.

— No hagas nada. Nosotros estamos ya en guardia; el peligro no es, pues, inminente... Voy á elaborar un proyecto para luchar en astucia con Gonzalvo... para tenderle un lazo en el cual tendrá que venir á caer... Entretanto, y hasta nueva orden, os suplico que no os apartéis mucho del hotel. Formáis parte del estado mayor de un capitán sin compañía... Hasta luego...

Y, á su vez, Luis de Lespare salió del cuarto reservado á Simona, la bordadora.

— ¡Pertenece al estado mayor! exclamó Chaminade, arqueando el torso. ¡Habrás que vernos con bordados de oro, Fileas! ¡Cuántas bellas víctimas voy á hacer!

El tolosano dejó ver una sonrisa de soberana compasión.

— ¡Este animal, pensó, cree todavía que tiene veinte años y muchos atractivos! ¡Pero mírate de una vez en el espejo, viejo barbudo, y verás que en cuanto distingán las mozas tu cara de caparrosa, saldrán haciendo ¡fu! como el gato!

Como el de Cevennes era de color amarillo, apenas podía palidecer, pero sí se le acentuó aquel color... Acababan de herirle en su flaco.

— ¡Maestro Jarnac, replicó estremeciéndose, sabe que un hombre bien formado y superior físicamente

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año 1625 MONTERREY, MEXICO

como yo, nunca puede tropezar con mujeres crueles!

— ¡Bien formado, superior! ¡Qué ocurrencia! ¡Te pareces á la percha en que mi lavandera pone á escurrir la ropa!

— ¿Percha, dices? ¡Cómo te hace desbarrar la envidia!... Una plástica tan irreprochable como la mía ha de producir necesariamente envidiosos... ¡Yo te compadezco, Fileas; pero no tengo corazón para reirme, porque un viejo tonel disfrazado de espantapájaros y tú, hagáis buena pareja!

El rostro carmesí del profesor gascón se volvió de color de heces de vino.

— ¡Maestro Chaminade, dijo fogosamente, olvidándose á un tiempo de jurar y de tutear á su compadre, acaba usted de faltarme gravemente!.. Á pesar de sus numerosos reveses, le creo valiente... No me obligue, pues, á insistir...

Subrayó ese desafío, golpeando el puño de su espada, que produjo un sonido de hierro viejo.

— Maestro Jarnac, replicó el de Cevennes imitando el ademán, ha franqueado usted, quizá inconscientemente, el límite del respeto que se me debe. Aunque no es usted más que un pellejo para líquidos, tengo la dulce esperanza de que se abstendrá usted de negarme una satisfacción.

— Con mucho gusto.

Estrecháronse la mano con franca amistad, y Jarnac, muy contento, desenvainaba ya la espada, cuando Chaminade, de un golpe seco, se la hizo entrar en la vaina, diciendo:

— Aquí no, mi noble amigo; en el patio.

— Es verdad, Jerónimo, siempre tienes razón. Me apenaría verte resbalar por este suelo...

— ¡En donde tu sangre dejaria manchas!

Bajaron del brazo. Nunca se habían sentido mejores amigos aquellos dos valientes que querían atravesarse mutuamente. Llegados detrás de la portería, que ocultaba las ventanas del hotel, las espadas saltaron por sí mismas fuera de las vainas y chocaron furiosamente, produciendo, entre el embudo de las cuatro paredes, estrepitoso ruido.

— ¡Á ti, Jerónimo!

— ¡Para esa, Fileas!

Se batían de todo corazón, sin escatimar las estocadas ni las frases, y parando unas y otras con igual buen humor.

— ¡Vamos! Me desconsuela tenerte que matar, mi pobre Jerónimo; pero da gusto cruzar un poco el estoque...

— ¡Como en los buenos tiempos!

— ¡Cuántas pellejas perforábamos!

— ¡Cuántos ojales hacíamos!

— ¿Te recuerdas al pie de los muros de Módena?

— ¡Allí me salvaste la vida! ¡Eh, cuernos de Satan! ¡Fíjate en lo que haces!.. ¡Si no fueses tan delgado, ya te habría ensartado!

— Bien pronto me lo pagaste, pues también te debo yo á ti la vida... ¡Virgen santa! ¡Cúbrete!.. ¡Por poco te parto en dos, si no llegas á ser tan gordo!

Era tal el ruido que producían, que los burgueses

empezaban á agruparse en la calle, detrás de la elevada muralla, temiendo una sorpresa ofensiva de los ingleses. Al primer choque de las espadas, Verda, el digno portero, habíase precipitado al hotel, en busca de socorros. Venía con refuerzos, habiendo avisado sucesivamente á Simona, Justina, Méjico y Lancelot.

— ¡Cielos! exclamó la joven buscadora de ideal al ver á los dos maestros atacarse: ¡se van á matar!

— ¡No, ca! dijo Justina que, como hija de un tirador de profesión, había comprendido en seguida el lado cómico de aquel encuentro; ¿no veis que tienen las espadas con botones?

Efectivamente, en el momento de atacarse, los dos maestros, llenos de intensa emoción [al pensar que una broma estúpida podría poner término fatal á su largo cariño, se habían separado uno de otro con el falaz pretexto de examinar los alrededores y apartar á los que pudieran molestarlos. Pero, así que Chamínade se vió al abrigo de las miradas de su adversario, abotonó rápidamente su punta, diciéndose:

— Preferiría herirme á mí mismo, á hacer el menor daño á tan querido amigo.

Y, al mismo tiempo, Jarnac había practicado la misma operación, pensando:

— Si por casualidad llegase á arañar á mi compañero, me odiaría á mí mismo á muerte.

Por eso pudieron lanzarse uno contra otro con tanto ardor, seguros como estaban, cada uno por su parte, de no causar ningún grave perjuicio á su adversario. Pero no pretendían evitarse á sí mismos los riesgos,

por lo cual se quedaron algo apenados ante la irónica declaración de Justina.

— ¡Tate!.. Se nos ha ocurrido á los dos la misma idea, dijo Chamínade, envainando el arma.

— ¡Buena idea! ¡Á no ser por ella, no quedaría de nosotros más que el recuerdo!

— Eso habla en favor de su buena amistad, murmuró Simona, enternecida. No han querido ustedes hacerse daño.

— ¡Hola! ¡Qué desfachatez!

Estas palabras las pronunció Méjico, ante el ademán algo brusco del de Cevennes, que acababa de besar á Simona al vuelo.

— ¡Belleza seductora, dijo á modo de explicación, el brillo de sus dulces ojos me hiere en el corazón con más seguridad de lo que pudiera hacerlo mi amigo con toda su ciencia!

Justina se marchó, encogiéndose de hombros. Estaba acostumbrada á lo que ella llamaba « las tonterías de papá. »

Verda, como digno suizo que era, y Lancelot, á quien reclamaba su servicio, habían vuelto también los talones. Pero Simona no pensaba en seguirlos. Sus fibras íntimas acababan de ser agradablemente cosquilleadas por la audaz galantería del tirador.

En cuanto á Méjico, si se quedaba, era para vigilar á Simona, á quien cortejaba con tanta asiduidad como poco resultado.

— Verdad es que la chiquilla es apetitosa, observó poco convencido el gascón, con el solo objeto de hacerle el gusto de su compañero.

— ¡Ah! es usted muy amable, señor Jarnac, dijo, poniéndose hueca, la señorita de confianza.

En su fuero interno, se confesaba que los dos tiradores eran muy de su agrado; su gracia le hacía olvidar su edad, y se hubiera visto muy perpleja, de haber tenido que escoger entre ellos. Sin embargo, Chaminade, animado por el buen resultado de sus comienzos, continuaba sus trabajos de acercamiento.

— Niña sensible, dijo, creo que es hoy mi fiesta, á menos que sea la suya... Con este motivo, permita á su adorador rozar otra vez el terciopelo de sus mejillas.

— ¡Cuernos de Satán! ¡Qué bien habla el animal!

— Si le permito que me bese, señor Jerónimo, dijo la sirvienta, cuya mirada se dirigía á la elevada estatura del tolosano, tendré que conceder el mismo favor al señor Fileas.

Méjico estaba sobre ascuas. Esperaba con ansiedad la respuesta. Ésta debía de agradarle. En efecto, las galanterías de Jarnac no eran de temer, pues éste prefería otras dulzuras; por eso declaró con bondad:

— No se cuide de mí, preciosa, yo le reclamaré ese favor el día primero de año... La lucha de esta tarde me ha secado el alma, y creo que tendré que contar otras galanterías á alguna polvorienta botella de Burdeos, ó al respetable tapón de una vetusta de Borgona.

Simona se enfadó y, sin más preámbulo, tendió su mejilla al maestro bajito.

— ¡Oh, joven y bella hija de Francia! dijo poéticamente éste, que este beso sea el prelude de nuestro himeneo.

— ¡Cuerno! exclamó sublevado el intendente; ¡s usted está casado, señor Chaminade!... ¿Qué diría la señora Perina?.. ¡Yo, en cambio, soy soltero!

Este incidente causó gran alegría á Jarnac, que, al ver la provisión de besos que tomaba Simona, pensó:

— ¡Desde Eva, la mujer ha sido y será siempre la perdición del hombre!

— ¡Ah! ¿Esas tenemos? dijo Méjico, viendo que su intervención no producía efecto alguno en los cómplices. Pues bien, pisoteo mi discreción y voy á contar á todo el mundo lo que sé; ha triturado usted mi corazón, y ya no tengo miramiento alguno.

Acercóse el tolosano y lo cogió por la oreja. La intemperancia de lengua de aquel enamorado desdeñado podía ser perjudicial.

— Oye bien esto, muchacho. Si tienes la debilidad de decir una palabra de... de... de lo que esta señorita no quiere que se diga, te corto una oreja, sin mas ni más.

Méjico se creyó libre; pero no fué así, pues Chaminade, imitando el ademán de su amigo, había cogido el borde del segundo pabellón auricular del infortunado, y le decía al mismo tiempo:

— Hidalgo de mi corazón, no pierdas una sola sílaba de lo que voy á confiarte. ¡Si alguna vez se te ocurre el capricho de dar un disgusto á la divina Simona, te suprimiré la otra oreja!

El intendente podía creerse al fin libre; pero como la criada no tenía ya nada que hacer en aquel lugar, lo cogió del brazo y se lo llevó al hotel, murmurando con voz amenazadora:

— Si alguna vez se atreve á revelar los secretos que conoce... le suprimo...

— ¿Qué?

— ¡Mi estimación!

Los dos esgrimidores entraban también, uno para dirigirse á la cocina, en donde pensaba secar algunas botellas, el otro para buscar el cuarto de Simona, cuando fueron detenidos por Enriqueta en la escalinata.

— Dos palabras, amigos míos... Y quedémonos en el patio... así nos exponremos menos á que nos oigan.

— ¿Se trata de una conspiración?

— Casi.

Volvieron á bajar, y la joven continuó, sin alzar la voz:

— El conde, mi padre, os ha suplicado que le seáis adictos contra esos italianos cuya odiosa trama nos ha hecho ya padecer tanto... Por desgracia, el plan del conde no está concebido todavía, y Santiago de Courten corre el peligro de caer en la red que le han tendido.

Los viejos profesores no podían creer á sus oídos.

— ¿Quién le ha dicho eso?

— ¿Luego ha oído usted?

— Sí, todo cuanto les ha dicho mi padre. Y como yo he preparado en un momento mi plan, vengo á preguntarles, á mi vez, si quieren ayudarme.

Jarnac se rascó la frente como para hacer brotar la idea rebelde, y volviéndose hacia su *alter ego*, le preguntó:

— ¿Qué dices tú?

— ¡Toma!... ¿No se podría avisar al conde y á la señora?..

— No, interrumpió la joven; la cosa urge... Mi padre y mi madre no deben enterarse sino después de hecha la cosa, porque tratarían de despistarme de mi proyecto.

— ¿Pero qué quiere usted hacer, chiquilla?

— He aquí.

La joven atrajo una contra otra las cabezas de los dos maestros y les habló largo rato en voz baja. Ellos la escuchaban desarrollar su plan con respetuosa curiosidad.

— ¡Eso es atrevido y peligroso! dijo admirado Chaminade, cuando calló Enriqueta.

— ¡Pero así seguirá usted siendo siempre la señorita de Flamberge! dijo á su vez Jarnac.

— ¡Flamberge! Eso es, repitió Enriqueta. He aquí un nombre ya preparado... ¿Puedo contar con vosotros?

Los profesores alzaron la mano, formando un conjunto conmovedor, y dijeron:

— ¡Siempre!

Durante sus diversas estancias en Tanlay, en sus cabalgatas á través los bosques de Ascot, de Vanderblis ó de Soulagny, Enriqueta de Lespare había encontrado varias veces á una joven amazona de su edad, viva, decidida y muy linda, á quien la condesa Constancia había consentido en recibir en el castillo para distraer á su hija, que se hallaba bastante solitaria. La jovena baronesa Regina de Espineuil era viuda; pero apenas le pesaba su viudez. Bajita, picarueta, sumamente coqueta, con la nariz respingada, era avispada y frágil, rosada y rubia como esas porcelanas de Sevres que puede hacer añicos un soplo. Lo que no impedía que aquella cabecita de pájaro contuviera caprichos peligrosos, sobre todo, por lo difícil que era tomarlos en serio, y que aquel paquetito de carne diáfana no fuese más que un manojo de nervios.

La baronesa había llegado siempre al fin que se había propuesto, porque su cabecita, cuyas evoluciones daban idea de una veleta, no giraba sino como

ella quería. Hija del caballero de Ravisy, aristócrata mucho más rico en cuarteles de nobleza que en ducados, Regina vivió en completa libertad hasta los diez y seis años, en la casita de su padre, en Rú, cerca de Saint-Vinnemer.

Por aquella época, el caballero hizo comparecer ante sí á su hija, y le declaró:

— Niña, sé que tus aspiraciones son tan elevadas como tu cerebro incapaz de reflexión para un acontecimiento tan grave como una boda. Como nuestro patrimonio no te permite ir á la corte á conquistar un príncipe, te casarás con el barón de Espineuil, cadete de Borpoña, tan miserable como nosotros.

Y Regina contestó, con un mohín de pilluelo parisiense:

— ¡Porra! para el barón, quiero cuando menos un duque.

— ¿Y si te casases con los dos?

— ¡Bueno!.. contestó la pequeña, ¡no casándome con el segundo hasta que muera el primero, no es un crimen la bigamia!

Mucho se sorprendió el caballero al ver un razonamiento de esa fuerza salir de tan frívolo cerebro.

— ¿Y quién paga los gastos? preguntó Regina, que no era tonta.

— ¡Pues el duque!.. ¡Oh! es un extranjero muy descarado. Te ha visto, y le gustas; pero él no es partidario de la lentitud, necesita trabajo ya hecho.

— Y el barón tendrá con qué equiparse para ir al ejército.

— Da gusto hablar contigo, pues comprendes á medias palabras.

— ¡Está bien, acepto el barón!

Regina de Ravisy se convirtió en señora de Epineuil en la iglesia de la aldea de ese nombre. Al día siguiente, el barón partía para Bohemia, en donde se guerreama entonces. Tuvo la suerte de morir antes de recibir un paquete que contenía el corsé de su mujer desatado por un duque. Este duque, como puede suponerse, no era otro que Gonzalvo de Torino, que se había permitido esa encantadora calaverada antes de ir al castillo de Tanlay, en la noche en que el Armançon rompió sus diques con la misma tranquilidad que la baronesita había roto su enlace. Si la baronesa había frecuentado de soltera y de casada á los Lespare, era más por distracción que por amistad. Amaba y odiaba á Enriqueta, al mismo tiempo. Sin saber por qué, acaso porque la reconocía gran superioridad sobre ella misma, la atormentaba el perverso deseo de verla padecer. Pero como la firmeza completamente masculina de la señorita de Lespare le imponía, lanzó su odio contra Constancia, colmándola de caricias y de muestras de afecto, y reprimiendo fuertes ganas de arañarla.

Como todo el mundo, había sido apartada del castillo de Tanlay durante la enfermedad del vizconde Santiago de Courten; luego, habiéndose instalado ella en París, supo, por el rumor público, la marcha del conde de Lespare como capitán de mosqueteros.

De cuando en cuando, habíase presentado en el

hotel de la calle de los Francs-Bourgeois, en donde le respondieron que la señora condesa no recibía en ausencia de su marido y de su hija. Cogida por sus deberes mundanos, la baronesa de Espineuil se lo tuvo por dicho, y ni siquiera se preguntó por qué Enriqueta no hacía compañía á su madre, cuando el conde estaba peleando lejos.

Un día que la baronesita se aburría — era hacia la feria de San Germán, que aquel año la habían retrasado — se le ocurrió mirar al café Procopio, que estaba entonces en toda su boga. La puerta estaba abierta ante ella, y como esa mujer de calidad no tenía más reglas que su voluntad, entró en el establecimiento. Al principio, Regina no vió más que el conjunto de ojos que la miraban. Parecía raro hallarse allí, ante todas aquellas miradas clavadas en ella. Pero ya estaba acostumbrada á que la admirasen. Su rostro taimado, su nariz traviesa, sus ojos brillantes, y hasta la punta de su rosada lengua que pasaba á cada momento por los labios frescos, llamaban la atención por todas partes adonde iba.

En fin, viendo un puesto libre, deslizóse á través las filas y se encontró sentada... Luego, á su vez, miró á los que la rodeaban. Á su derecha, había un fiscal del Châtelet; á su izquierda, un caballero y su familiar, cuya elegancia de riqueza algo excesiva indicaba ser exótico; más allá, dos ó tres caras de gentes de armas y mujeres. Se le antojaba haber visto ya en otra parte los rostros de los extranjeros y de los hombres de guerra; pero ninguno de ellos le era familiar. Entonces

se tranquilizó, golpeó el vestido con las yemas de los dedos para armonizar sus arrugas, miró en su minúsculo espejo de bolsillo si todo estaba bien colocado: rizos, polvos y moscas. Terminados estos preparativos, pidió un sorbete y lo empezó á saborear como buena golosa.

Los dos exóticos que había visto Regina no eran sino el duque de Torino y su confidente Pietri Pertuso, que volvían de visitar la academia de juegos que estaban acabando de instalar en la feria de San Germán. Iban disfrazados de nobles de Venecia, tanto para despistar á sus adversarios, como para tratar de leer más fácilmente en su juego. En cuanto á los hombres de espada, eran Fileas Jarnac y Jerónimo Chaminade. Los esgrimidores estaban allí con la misión de vigilar á los italianos, cuyo disfraz no podía despistarlos.

Aquello era el principio de ejecución del plan tan rápidamente construído por la señorita de Lespare después de su evasión. Pero, aunque en aquel papel y aquel medio tan nuevo, el tolosano se hallaba muy desenvuelto porque podía beber, no ocurría lo mismo á su tierno compadre, cuyo corazón estaba sometido á crueles suplicios por la proximidad de los encantos de la Marieta, una bella bailarina de la Ópera, que había acompañado al duque. Al entrar la baronesa de Epineuil, Gonzalvo de Torino, que la había reconocido en seguida, se estremeció. Cuando se sentó junto á él, éste hizo una especie de retroceso y dió tres cuartos de vuelta, de modo á no presentar el rostro, justo lo suficiente para no pasar por descortés. El cuidado que

tenía de no decir nada que pudiera servir á los esgrimidores, cuyo papel le saltaba á la vista, le impedía ser comunicativo con su compañera. La Marieta, después de hacerle prometer que iría por la noche á la Ópera, le indicó el momento en que bailaría y el papel que iba á desempeñar; además, para que la reconociese, ella le haría la señal siguiente: tres veces los dedos de la mano izquierda reunidos y apoyados en los labios.

Gonzalvo le dijo que no estaba muy seguro de poder ir á la Ópera aquella misma noche, y parecía menos preocupado de aquella mujer que de la conversación que se había entablado entre los dos maestros de esgrima y Pietri. En efecto, Pietri, con sorprendente audacia por su parte, so pretexto de colmarlos de alabanzas por todas las acciones brillantes que habían efectuado en la última campaña, se esforzaba en hacerles hablar.

El de Cevennes, desconfiando de la locuacidad de su amigo, le aplastaba el pie bajo la mesa, impidiéndole á cada paso responder. Prudente por dos, se juzgaba responsable de las palabras torpes que hubieran podido escapársele á su amigo, y quería obligarlo al silencio. La misma mañana, después de su coloquio con Enriqueta de Lespare, había quedado convenido entre ellos que el gascón callaría cada vez que Chaminade, por un signo determinado, le enseñase la guarda de su propia espada. Gracias á ese juramento, prestado solemnemente sobre Petrusquina, el prudente

maestro creía poseer un medio mágico para contrarrestar el torrente de la facundia meridional. Pero, al tomar este acuerdo, Boca Chiquita no había previsto que la vecindad de Marieta absorbería su atención lo suficiente para que olvidase vigilar á su noble amigo.

Hasta entonces, el imprudente hablador no había cometido torpeza alguna. Lo cual distaba mucho de convenir á Pietri. Aprovechando un momento en que la Marieta columpiaba su pañuelo casi en las narices del extasiado Chaminade, preguntó con acompasado acento :

— ¿De manera que hasta ahora han sido infructuosas cuantas investigaciones se han hecho para hallar el cadáver del conde de Lespare?

— ¡Cuando un muerto tiene las piernas de un vivo!..

Un puntapié de Chaminade lo paró en seco

— ¿Qué dice usted?.. exclamaron á una, sobresaltados, los dos ciudadanos de Venecia.

— ¡Digo que en el reino de los muertos, no se admiten vivos...

— ¡Que hagan indagaciones! explicó Chaminade, para destruir el efecto producido.

Dejóse á un lado este incidente, por una escena imprevista, escena tras la cual no era posible volver sobre ese tema. Al oír pronunciar el nombre de Lespare, más apto que cualquier otro para atacar á sus oídos, la baronesa de Espineuil se había inclinado vivamente para ver de qué labios había salido, y eso fué para ella un rayo de luz; de pronto se acordó, de haber visto á los dos espadachines en el castillo de Tanlay.

Por su parte, Jarnac, al verla, creyó oportuno dirigirla un profundo saludo, al cual se abstuvo ella de responder.

— ¿Qué mosca te ha picado? preguntó Chaminade.

— ¡Es la amiga de la señora condesa Constancia!

Esas pocas palabras pasaron inadvertidas á la mayoría de los oyentes; pero estaban preñadas de consecuencias. Gonzalvo no las echó en saco roto, comprendiendo todo su valor. Y se volvió hacia el lado de la baronesa, mirándola de modo que parecía ordenar:

— ¡Si quiere reconocermé, no lo haga en público!

La baronesa hubiera deseado ver marcharse todas aquellas gentes, porque le parecía que Gonzalvo tenía algo que decir á su antigua amiga que resultaba serlo también de Constancia. La atención con que el duque empezó á mirar á la recién venida, provocó en el acto los celos de Marieta y redobló su deseo de monopolizarlo para ella sola.

— Caballero, le dijo, tiene usted una sortija preciosa, sírvase enseñármela de cerca.

Al tiempo que hablaba, la bailarina se había apoderado de la mano del duque y miraba atentamente la joya. Era una piedra negra poco voluminosa, engarzada antes en Ginebra en un anillo que contenía un secreto.

— Es más rara que bella, repuso Gonzalvo, con objeto de moderar la exagerada admiración de su compañera. Por otra parte, no tiene más valor que el que algunos pueden atribuirle.

— En ese caso, regálemela, suspiró Marieta.

Gonzalvo frunció el entrecejo.

— Lamento infinito no poder complacerla, dijo. Esta sortija tiene un destino que yo sólo puedo hacerle cumplir.

— Yo la hubiera guardado hasta el fin de mis días, repuso la bella, convencida de la inutilidad de toda nueva tentativa; ya que es así, no puedo privarle de ella... Voy á despedirme de usted, añadió saludando; pues tengo que ir á la Ópera.

Los maestros de esgrima imitaron su movimiento.

Entonces, Gonzalvo, echando un puñado de oro sobre la mesa, dijo con breve tono, para detener toda protesta:

— ¡Ni una palabra!... ¡Nunca he consentido que paguen las mujeres ni los soldados!

Así que la bailarina y los esgrimidores estuvieron fuera, el duque se volvió hacia Regina de Espineuil y se quedó sorprendido al verla muy pálida. Se cruzaron sus ojos; en los del italiano había desconfianza, y una especie de interrogación ansiosa en los de la baronesa. Acercáronse uno á la otra, y la de Espineuil se inclinó para murmurar:

— Tengo que hablarle á solas.

— ¿No se equivoca usted? preguntó el duque, no obstante estar convencido de la inutilidad de su disfraz.

— No cabe confusión, repuso la baronesa, tocando con el dedo la sortija negra; Gonzalvo, el secreto de esa sortija me pertenece.

— ¿Quién ha podido dárselo á conocer?

— ¡Tú!... Hay momentos de pasión en que uno habla á pesar suyo... ¡Y si tú no te acuerdas de ello, Gonzalvo, es porque nunca me has amado!

Ante estas últimas palabras, Pietri sonrió sarcásticamente en silencio. Acababa de reconocer á la baronesita por quien su amo había tenido un capricho costoso, el invierno anterior, en Borgoña. El duque se estremeció... Momentos antes, esperaba poder, sin remover las cenizas de su apagada pasión, comprar á esa antigua amante. Había creído que esa alma ligera, esa cabecita hueca, podría ser trabajada para la traición, sin contar con un regreso á lo pasado. La primera vez que la había comprado, por mediación del caballero de Ravisy, su padre, ella había aceptado sin ver ni discutir nada... ¿Sería otra cosa, ahora que se trataba solamente de su conciencia?

Impaciente por la fingida tranquilidad del duque, dijo Regina:

— ¡El engarce de esta sortija contiene un veneno!.. Un simple rozamiento de ese engarce en las mucosas de un ser que molesta... basta para matarlo... ¿No es cierto?

El italiano recordó que, en efecto, Regina era el único ser humano á quien él había revelado esa particularidad, y contestó lentamente:

— ¡Es verdad!

La baronesita le dirigió una mirada apasionada, murmurando:

— ¡Soy tuya! ¡Nunca he sido más que tuya! ¡y si me destinases á mí ese veneno, te diría no obstante: ¡te amo!

El duque se inclinó, considerando que la prueba había sido suficiente. Él necesitaba á esa mujer, y ésta se le entregaba atada de pies y manos. Y hasta añadía el corazón, para mejor medida. De este último se cuidaba muy poco el amo de Pietri, pues su capricho actual era Constanca de Lespare, á quien quería achi-car y rebajar para hacerla más maleable. En medio de todo; no le hacía falta más que un instrumento para servir á sus proyectos; la baronesita podría ser ese instrumento. Acaso hubiera tenido ella la visión de su porvenir al pensar que el veneno le estaría destinado... Un instrumento que deja de servir se vuelve inútil y molesto. Es lógico destruirlo. Gonzalvo se prometió ahondar esa idea. Preguntó, muy grave:

— ¿Estás dispuesta á obedecerme?

— ¡Siempre! respondió Regina.

— En ese caso, ven, dijo el duque levantándose.

Los dos supuestos venecianos y la baronesa salieron del café Procopio; pero, en el camino, Gonzalvo dejó resbalar sus sortijas al fondo de su bolsillo, jurando no volver á llevarlas, ya que una sola había bastado para desenmascararlo.

VI

CAPRICHÓ DE MUJER

En efecto, para Gonzalvo y la baronesa, no había medio de tratar de tan graves asuntos en un lugar público, y, además, en presencia de un tercero, aunque ese tercero fuera en cierto modo un asociado.

La señora de Espineuil no había dirigido al compañero del duque más que una mirada distraída; pero no necesitó de más detenido examen para convencerse de que aquella faz hipócrita pertenecía al mismo personaje audaz que, antes, se deslizaba disimuladamente en su casa de Borgoña, para hablar en secreto á su duque y amo. En una palabra, era Pietri Pertuso, que no podía ignorar nada de los antiguos lazos contraídos entre Gonzalvo y ella. La joven tenía varias razones para querer hablar libremente. Su situación era muy delicada. Dado el que antes había sido ella conquistada — más exactamente quizá podría decirse adquirida, — y que ahora se trataba de conquistar ella, poco le importaba á la baronesa tener un testigo

de sus combinaciones. Acababa de apoderarse de ella una fuerte pasión por su antiguo seductor. Ahora bien, para despertar viejos amores muertos, se requieren circunstancias particulares, ocasiones de efímera duración. No cogerlas cuando se las desea, es no volver nunca.

Frente á aquel misterio de amor que le ponía de mal humor y le hacía encogerse de hombros, Pietri Pertuso se percató de que él era un estorbo, y, persuadido de que, después de sus violentas recomendaciones, no le necesitaba ya su amo para ser prudente, quiso mostrarse discreto por la primera vez en su vida y se perdió voluntariamente en la oleada de paseantes.

Regina fué la primera en enterarse del eclipse del confidente.

— ¿Adónde vamos? preguntó sintiéndose entonces más á gusto.

— Adonde usted quiera, contestó Gonzalvo; á mi casa, por ejemplo, en donde podremos hablar con entera libertad.

Al extremo á que habían llegado, y teniendo en cuenta el objeto que ella se proponía, todos los lugares se le antojaban igualmente favorables á la baronesita, con tal de que en ellos pudiera hablar, suplicar, amenazar y vencer.

— ¡ Bueno! dijo Regina; indíqueme el camino.

Gonzalvo le ofreció el brazo. Bajaron por la calle Dauphine, atravesaron el Sena por el Puente Nuevo, siguieron los muelles, dieron la vuelta al Châtelet, pasando, sin darse cuenta, ante la sala de armas en que

Jarnac y Chaminade no aparecían ya sino muy rara vez. Durante el corto trayecto que tuvieron que recorrer, Regina de Espineuil se apoyó, cariñosa y muda, en el brazo que le había sido ofrecido. El calor de su cuerpo reanimaba los recuerdos apagados en el corazón del tenorio italiano, y, de cuando en cuando, miraba á hurtadillas á su compañera. Ésta parecía más mujer que en su modesto castillo de provincia; algunos meses pasados en París habían añadido cierto encanto á sus cualidades del invierno anterior, *afeminizando* su sonrisa, redondeando sus formas demasiado enjutas. Sus relaciones no habían sido sino un capricho por ambas partes: él se había divertido con ella, como se divierte un niño grande con una figulina rara é interesante; ella misma había tomado su parte en el juego, sin comprender todo su alcance. Por esa razón, dos días antes, no se acordaban uno de otro, y he aquí que la casualidad los ponía en mutua presencia. ¿Irían acaño á empezar á amarse, ó se unirían únicamente para formar una pareja de malhechores? Eso dependería del que dominase. Ahora bien, era difícil dominar á Gonzalvo, que había organizado su vida para echarlas de gran señor. Además, ¿hay amo más celoso de su autoridad que un advenedizo?... Las reflexiones de Regina de Espineuil debían de ser agradables; y hasta es cierto que no carecía ella de confianza en sí misma y que contaba con dirigir las cosas á su gusto, pues estaba risueña y alegre. El aspecto de la casa de Trompette no le chocó sino medianamente. Tampoco le sorprendió la relativa modestia de

la morada de su compañero. El precedente estudio del hombre se lo había mostrado poco más ó menos tal como era. No se engañaba respecto de la autenticidad de sus títulos; pero veía en él un aventurero de mérito, que llegaría á gran elevación. Llegados al salón que ya conocemos, Regina examinó curiosamente cuanto la rodeaba, como una costurerilla en una aventura afortunada, en tanto que el duque despedía á Napol, prohibiéndole aparecer antes de una hora. Así que estuvieron solos, Gonzalvo cerró con llave, hizo una seña á la joven para que se sentara, y él mismo tomó asiento en su butaca. Ella estaba jovial; él, muy sereno, casi frío. Seguramente, nadie hubiera sospechado, al verlos, que eran dos antiguos amantes que trataban de reanudar sus lazos.

— Hable, señora, la escucho, dijo el duque de Torino, rompiendo el silencio que empezaba á ser molesto.

Ya hemos dicho que Regina fué la primera en romper con Gonzalvo. No esperaba oírle reprochárselo ó decirle que había padecido mucho por causa de la ruptura, pues sobrado conocía su intratable orgullo. Pero, muy emocionada en aquél momento en que tal vez iba á jugarse su destino, en que estaba dispuesta — también por orgullo — á ofrecer más de lo que le dieran, hubiese deseado una acogida menos glacial, más expansión en la forma. La cuestión planteada por Gonzalvo hería su amor propio, y, versátil en exceso, viéronle ganas de marcharse como había venido.

En otros tiempos, su padre, el caballero de Ravisy,

le había contado vagamente la epopeya de Lespare contra el duque de Toranzani; y ahora recordaba haber oído á Gonzalvo que ese duque de Toranzani era un tanto padre suyo. Y Regina empezaba á ver luz en esa enrevesada historia; la actual enemistad debía de ser hija de la enemistad antigua, y el duque de Torino podía perderlo todo si la perdía á ella, que tenía un oído en el campo opuesto.

En semejante disposición de ánimo, la conversación debía empezar por un tropiezo. La baronesa, levantando su cabecita agresiva, exclamó, después de pensar que marcharse sin lucha sería una derrota vergonzosa:

— ¿No tiene usted nada bueno que decirme?...

¿Unos pocos meses de separación han podido matar la galantería que tenía usted antes?

— ¡Ay!.. ¡baronesa, han cambiado los tiempos, y nosotros también! repuso bajito Gonzalvo. Yo viajaba buscando un puesto al sol... Por su parte, usted no tenía una idea seria en la cabeza, y su charla poseía un encanto que no parece tener la de la persona en que usted se ha convertido.

— ¡Verdad es que lo que yo quiero lo quiero bien!

— Su Majestad el Rey, á quien tengo el honor de tratar, dice: ¡Queremos! observó Gonzalvo sonriendo.

— ¡Porque todo el mundo opina como el rey!...

Para que usted y yo hablásemos en plural, sería preciso que fuera usted de mi misma opinión, y creo que, su interés mediante, llegará usted á serlo.

— ¡Diavolo! me gusta verla así, baronesa... ¿Es eso todo cuanto tiene que decirme?

— No; quería comunicarle que soy viuda.

— Permítame que le dé la enhorabuena, pues creo que apenas tuvo usted ocasión de apreciar las cualidades del difunto barón.

— Yo tuve la culpa... Sea como fuere, me he enterado de que hace dos días no conocía yo aún nada de los placeres del corazón, y, en el fondo de mí misma, tenía grandes deseos de conocerlos.

— ¿El amor? observó Gonzalvo, moviendo la cabeza; siempre he oído decir que reinaba como soberano en París, y no sé que se haya hecho el sordo nunca... ¿Por qué no lo llama usted, baronesa?

— Eso es lo que hago, y él es quien me ha guiado de la mano á ese café Procopio, en donde nunca había yo puesto los pies, y que me ha hecho sentarme al lado de usted.

— ¡Demonio! ¿tanto descaro tiene ese diosencillo, desde que rompí yo con él?... Me temo, señora, que se haya burlado de usted, haciéndola entrar por una puerta falsa.

— ¿Piensa usted lo que dice?

— ¿Por qué no?... Antes, era la costumbre que las declaraciones viniesen de los hombres. ¿Se han abrogado los usos seculares establecidos en honor del pícaro diosencillo?

— ¿No me ha dicho usted mismo que han cambiado los tiempos, duqué?

— Los tiempos; no, las costumbres.

— ¿Debo pensar que no le agrada la que yo preconizo?

— Absolutamente nada... y confiese usted que da desgraciadamente idea de una falta de recato.

La baronesita se levantó de un brinco, roja de cólera, y exclamó:

— ¡Insolente!... ¿Seguía usted las reglas que la galantería impone, usted, duque de Torino, cuando se ponía en el lugar del que tal vez me hubiera amado, para hacerme víctima de una pasión cuyo éxito se basaba en un mercado?

— ¡Mercado!.. ¡Qué palabras!.. Debería usted de haber añadido: ¡consentido! pues ninguna negociación es válida sin cambio de dos firmas ó de dos palabras.

— ¡Mercado engañoso!.. ¿Acaso lo sabía yo?... Y sobre todo, ¿qué podía yo entender?... ¿No sueñan todas las jóvenes con el amor, y no es siempre un príncipe encantado el que debe realizar su sueño?..

— ¿No ha disfrutado usted de los dos?

Regina soltó una ligera carcajada que cayó en notas exiguas, y se golpeó las comisuras de los labios con el pañuelo doblado en forma de flor.

— ¡No! dijo. He tenido al duque; pero, á menos de que el amor sea una palabra vaga, no recuerdo haber tenido amor... ¡no se ha cumplido la convención!

— Hace usted mal en discutir ese asunto, baronesa, pues usted fué la primera en romper.

— Lo cual le ha ahorrado el trabajo de hacerlo... No niegue, obrando como yo lo he hecho, me he anticipado, sin saberlo, á su más íntimo deseo... Pues bien, ya que me es imputable la ruptura, es muy

natural que, despreciando todos los usos establecidos, sea yo quien intente la reconciliación... ¿Estoy acaso en las condiciones de las demás mujeres, yo que he renunciado á seguir el camino recto, para correr tras el fantasma de la felicidad que me escapa?... ¿No he adquirido el derecho de imponer mis voluntades?..

— ¡Oh! ¡oh!.. interrumpió fríamente Gonzalvo. Ahora empezamos ya á no entendernos, señora. ¡En cuestión de voluntad, no conozco más que la mía!

— ¡Antes no era usted tan altivo, ni mucho menos! Todo encuentro, cualquiera que fuese, le molestaba. Y no le ocultaré que sus afectados modales de entonces me atormentaron á menudo la cabeza. Le sospechaba de espionaje...

Gonzalvo se estremeció violentamente ante esa palabra; pero no lo notó la baronesa, que estaba muy ocupada armonizando las arrugas de su falda.

— ¿Tanto ha prosperado usted desde entonces?... añadió.

— Pasablemente, contestó Gonzalvo, ya repuesto. Actualmente, no conozco á nadie que esté mejor que un servidor de usted en la corte... Verdad es que Su Majestad Luis XV me debe mucho.

— ¡Carape! exclamó la de Espineuil, eso me hace persistir más que nunca en mis intenciones. Y, no se engañe, mi alianza tiene su precio. Usted vive demasiado elevado para no tener enemigos. Pero la roca Tarpeya está cerca del Capitolio... ¿Cree usted que los amigos de Lespare...? ¡Ah! ¿Presta usted atención?... ¿Cree, digo, que los amigos de Lespare le van

á atacar de frente?... Poco los conoce usted, en ese caso... ¿Qué es un débil pinchazo á su orgullo, en pago del éxito seguro que mi afección le daría?... Puede usted escoger entre mi amor y mi odio.

Aquella débil criatura que, por lo ligera y menuda, parecía hecha de un soplo, estaba bella con las mejillas purpúreas, los ojos fulgurantes y jadeante el pecho. A no ser por la voluntad furiosa que él adivinaba en ella y que la hacía capaz de todo, el duque se hubiera entretenido en excitarla más para verla gritar, saltar, amenazar y maldecir. Contemplóla con ese aspecto guasón del tigre que ataca á un animalito. Gonzalvo permaneció un momento sin responder, lo que era también un modo de exasperar á la baronesa; luego dijo, con tono desenvuelto:

— Ya que tan bien conoce usted á mis enemigos, debe de saber cómo los desbarato y cuán poco puede contar una mujer más en la balanza.

Regina lo midió de arriba á abajo, empinada en sus pies menudos, y repuso con ironía:

— ¡Fatuo cuya vista se ha obstruido por la elevada opinión que tiene de su propio valor!... La divisa de sus enemigos es: « ¡Á Lespare los partos!... » Por arriba que pueda usted llegar en las gradas del trono, le alcanzará la espada del conde...

— ¡En ese caso, sería una espada que saliese de la tumba, porque el conde está muerto!..

— ¿Muerto? exclamó, aturdida, Regina: ¿Luis de Lespare ha muerto?... ¡Ah! ¡usted ha debido de tener intervención en esa desgracia, duque!.. Lo adivino...

pero no por eso es mejor nuestra situación, pues queda alguien más temible quizá.

— ¡Pts! exclamó Gonzalvo con afectada indiferencia: ¿se refiere usted á su hijo, el alferez Enrique?

Regina de Espineuil abrió desmesuradamente los ojos.

— ¿Un hijo?... repitió en voz baja. ¿El alferez Enrique?... ¿Qué misterio es ese?... He ahí un primer enigma... luego lo resolveré, y en el sentido que más me convenga.

— Yo tenía en mi poder á ese oficialillo, prosiguió el duque, y tal vez lo tuviera aún á no ser por Jarnac y Chaminade. ¡Ah!.. ¡el mocoso tiene á quien parecerse!... ¡Ha matado á un hércules que le servía de carcelero!..

— ¿Si será Enriqueta? pensó Regina. La creo capaz de todo.

Después, en voz alta, añadió:

— ¿Luego confiesa usted que sus enemigos entran hasta bajo su techo? Por más que erice usted su camino de verjas, de espadas desnudas, de puñales, pasarán á través de ellos, destruyendo los obstáculos, y si el hombre que usted les opone es un gigante, el menor de ellos, el pigmeo, lo convertirá en cadáver... Si aun no han llegado hasta su pecho, es porque no lo han querido.

Gonzalvo se confesó que la viuda tenía razón. Y todavía se preguntaba por qué no le habían matado los dos esgrimidores, la noche anterior.

— El día en que yo esté con ellos, será ya demasiado

tarde para que note usted que la balanza se inclinaba del lado opuesto... Reflexione en ello, Gonzalvo, el corazón de una mujer puede pesar mucho en su destino.

— ¡*Diavolo!* En destinos como el mío, querida, nada tiene que ver el corazón. El que lo escucha se expone al enternecimiento, y la victoria es del que ataca el de los demás.

— Sin embargo, recuerde que no tuvo otro guía el adversario de su padre. ¡Si pudo contra él, es porque amaba!

Regina habíase acercado al duque.

Había cambiado sus baterías. No habiéndole dado resultado la amenaza, trataba ahora de convencer.

Él mismo, pasado el primer choque, la escuchaba con más atención. Había medido las fuerzas de su antigua conquista, después de haberla llevado al punto que él deseaba, empezaba á entrever el terreno de arreglo á que quería llegar.

Ambos fueron á sentarse otra vez uno al lado del otro, seguros de que la conversación iba á tomar nuevo giro y de que una discusión pacífica produciría por ambas partes el resultado deseado. Hay que recordar que Gonzalvo era un guapo mozo, de estatura regular, formas agradables y cutis naturalmente pálido; tenía el arte de hacer destacar aún esa palidez por el peinado de sus cabellos negros, ensortijados y sedosos. En ese tipo de tenorio italiano, la hoja no podía gastar la vaina, es decir que, no teniendo alma, su belleza tenía que permanecer inmutable.

Sólo una cosa en él hubiera contrariado la satisfacción de un observador desinteresado: la disimulada llama de sus ojos, que rara vez miraban de frente. Dicho esto, se comprenderá la repentina pasión que se había apoderado de la baronesa, pequeña desequilibrada víctima de los vapores de amor, neurosis de aquel tiempo.

— Escúcheme, le dijo Regina, dirigiéndole una reluctante mirada; si le he seguido hasta aquí, no traía yo ninguna intención hostil; y si, hace un rato, mis palabras han excedido de mis pensamientos, usted ha tenido la culpa... Las razones que me inducen á obrar le sorprenderían si las supiera... Me ha ofendido usted al pensar que venía á proponerle un vil mercado.. ¡No!.. mis aspiraciones son más elevadas: le aporto una fidelidad constante, una participación completa en su causa...

Ya no pensaba Gonzalvo de Torino en excitar con palabras de desprecio y con sarcasmos á su interlocutora. La escuchaba con la mayor atención, pesaba cuantas palabras salían de sus labios y adivinaba que eran sinceras. Una sola cosa le seguía turbando. ¿Cómo se hacía que aquella linda criatura, antes tan ligera é incapaz de formar una idea sensata, se hubiera vuelto tan lógica como era hoy? ¿Qué fin se proponía? ¿Qué móvil la arrojaba en sus brazos, decidida á sacrificarse si él lo exigía, cuando recordaba no haber conocido en ella sino una frágil muñeca, almizclada, empolvada, cambiante como un ave de América, y tan sin seso como un reyezuelo?... No podía entrar en juego el

interés, pues ya lo había dejado entrever ella. Tampoco admitía la pasión; puesto que ella misma se vió antes saciada. La casualidad era quien únicamente había facilitado aquel encuentro, y la baronesa no había podido concebir plan tan decisivo desde aquel minuto preciso. Además, ella había confesado que databa de algunos días atrás. En vano trataba el duque de comprender aquella actitud. Acostumbrado á desconfiar de todo y de todos, pues él mismo no empleaba sino medios desleales, llegó á temer ser una víctima de la de Espineuil, que obraría por cuenta de un tercero... Pero estas suposiciones se desechaban por sí mismas. Viéndole pensativo, la baronesa acercó su butaca contra la del duque, y le dijo, mirándole bien á los ojos:

— ¿Sabe usted lo que he venido á ofrecerle principalmente, Gonzalvo?

— No tengo la menor idea; haga el favor de decirme, baronesa.

— ¡El salvarle de la espada de los Lespare!

— ¿De los Lespare, dice usted?... ¿Hay, pues, varios, que puedan ceñir espada?

— Esta mañana, lo hubiera yo dudado; pero ahora, lo creo... Sin hablar de la del conde, que las palabras de doble sentido de los dos viejos me hacen suponer mal enterrado.

— Eso no me aclara nada.

— ¿No me ha hablado usted de un hijo de Lespare?

— Sí, el alférez Enrique... Un jovencuelo á quien haré pasar un mal rato si vuelve á caer en mi poder...

Pero, ¿á qué viene esa pregunta?.. ¿No conoce usted mejor que yo á esa familia?..

— Parece que no, Gonzalvo.

— Explíquese.

— En el castillo de Tanlay, adonde yo iba á menudo, nunca ví al tal Enrique, ni siquiera he oído hablar de él.

— Es bastante raro... Podría estar viajando... ó retenido en su cuerpo...

— Es posible... En cambio, he tenido amistad con su hermana, Enriqueta.

— ¡Enriqueta!.. ¡Demonio!... Esa semejanza de nombres...

— Quizá simple capricho maternal... Pero, he aquí adonde quería yo venir: si Enrique maneja bien la espada, no lo podrá seguramente hacer con la misma destreza que su hermana, que es terrible... ¡Tener contra sí una sola de esas espadas, es una calamidad! ¡Tener las dos, es una sentencia de muerte!..

— ¡Por la Madona! Me hace usted estremecer, Regina, dijo Gonzalvo riéndose fingidamente. ¿No puedo defenderme?

— ¿Solo?.. Muy difícil me parece eso, y permítame que lo dude. Conmigo, se igualan las probabilidades... y quiero hacer á usted triunfar.

— ¿Por qué?

Regina de Espineuil respondió, con acariciadora inflexión de voz:

— Ya se lo diré más adelante... Suponga que es un capricho... Me place colocarme entre su pecho y esas

espadas, una sola de las cuales le sería fatal, si no estuviera ya para formarle con mi cuerpo una coraza. No tengo motivo alguno de resentimiento contra los Lespare; Enriqueta ha sido siempre buena amiga mía; la condesa, pobre mujer, me trata casi como á su hija... Pero entre las razas grandes, orgullosas, nobles y valientes, las circunstancias y los intereses engendran odios; y, de estos odios, nacen las violencias... Francamente hablando, considero esto como una desgracia, porque me apenaría ver desaparecer esa familia... Sin embargo, si es preciso que perezcan ellos ó usted...

— ¡Lo es! gruñó el duque, cuyas pupilas lanzaron una llama viperina.

— ¡Lo sé, y no quiero que sea usted!

La baronesita decía la verdad al no manifestar ninguna animosidad contra sus amigos de Tanlay... Le hubiera faltado motivo... Sólo entraba en juego su impulso femenino; no se dignaba pensar que Enriqueta y la condesa, mujeres de que ella se llamaba amiga, cien veces más amantes y más dignas que ella, muriesen quizá por su traición voluntaria, á la cual le inclinaba una envidia caprichosa, que el amor debía de disfrazar con ese nombre.

El italiano le dirigió una mirada de agradecimiento. No había engaño: la baronesa era sincera. El duque tendría en ella un precioso auxiliar.

— ¿Y cómo se arreglará usted para hacerme invulnerable? le preguntó.

— ¡Oh! muy sencillamente: poniéndole en guardia

contra todas las emboscadas que le tiendan... Ya se lo he dicho : soy amiga de la condesa y de Enriqueta, casi tanto como la marquesa de Gherlor y Gisela, su hija. Me reciben en familia, en el hotel de la calle de Francs-Bourgeois... Por ahora, parece ser que Enriqueta no está en París ; pero si allí hubiera secretos para mí, yo sabría descubrirlos.

— Una palabra, interrumpió el duque. ¿ Cree usted realmente que esté vivo el conde ?

— No sé nada. Constanca misma lo ignora ; se consume esperándole, y en su casa, parece que todo el mundo está de luto.

— ¿ Conoce usted á Tortillard ?

— ¿ Tortillard ? repitió Regina.

— Sí, un enano tan feo como contrahecho... el amante de la condesa.

— ¡ Ah !.. limitóse á decir la baronesa, á quien ese nuevo desconocido dejaba perpleja.

— Sospecho mucho que me haya engañado, ayudando á Enrique, prosiguió diciendo el duque.

Luego, sin esperar la respuesta, preguntó, aferrado en su idea :

— Si volviera el conde de Lespare, ¿ podría yo saberlo ?

— Lo sabrá usted el mismo día, respondió la de Espineuil, recobrando la voz ; porque en ese mismo momento comenzará mi papel.

— Gracias, murmuró el duque de Torino besándole la mano. ¿ Qué me pide usted en pago de su proceder, Regina ?

Acercó su cabecita rubia al hombro de Gonzalvo, la apoyó contra su pecho, dirigiéndole una mirada lánguida, y entreabrió los labios para dejar pasar, como en un soplo, estas palabras :

— ¡ Tu corazón !..

El amor, rey del mundo, el mismo que invocaban Constanca y Luis de Lespare, Enriqueta, la tiradora de espada, y Santiago de Courten el bretón, acababa de coger bajo su égida á dos seres infames.

Se oyó el ruido de un beso.

¡ Estaba firmado el pacto !